



La educación no es un cuento:  
por los derechos de las niñas y  
las mujeres

Campana Mundial por la  
**EDUCACIÓN**  
Coalición española  
www.cme-espana.org



**MARISOL ARTICA**

Periodista y escritora

pamplonesa.

Autora del libro: El país de los  
espejos rotos

## “MUÑECAS DE CAZUCA”

© Marisol Artica Zurano

Todavía era de noche y hacía frío, un frío húmedo y pegajoso que le trepaba a Juanita por los pies, cuando Abigail la despertaba cada mañana y le obligaba a lavarse la cara y las manos con el agua que ella misma había ido a buscar al pozo.

-Vamos, hermanita, date prisa o llegarás tarde a la escuela –la acuciaba Abigail, mientras le peinaba y recogía el cabello negro en dos coletas a ambos lados de la cabeza.

-¿Por qué no vienes tú conmigo, Abi? –indagaba siempre Juanita, todavía somnolienta, mientras masticaba las tres arepas reblandecidas que le había dado su hermana para desayunar. Nunca se atrevía a preguntar por qué Abigail, cuatro años mayor, sólo tomaba una.

-Sabes que tengo que ir a trabajar o papá me castigará. Y no hables tan alto, anoche tomó de nuevo y se enojará si le despertamos tan temprano.

-Entonces yo voy contigo –le proponía la pequeña.

-Siempre la misma historia, Juanita. ¿Qué ibas a hacer tú vendiendo flores por las esquinas? Estás mucho mejor en la escuela, si estudias mucho y eres hacendosa, podrás salir de Altos de Cazuca algún día. Además, nuestra mamá se enfadará si no vas –trataba de convencerla, mientras le embutía por la cabeza un raído suéter rosa de cuello cisne.

-Pero si a mami la mataron esos señores malos vestidos de verde. Por eso nos fuimos del campo y papá nos trajo a vivir a Soacha. Solo tendré seis años, pero no soy tonta –se quejaba Juanita con expresión indignada.

-Ya sé que no eres ninguna tonta, cielito, por eso tienes que ir a la escuela. ¿No dices siempre que quieres ser doctora para poder curar a la gente? ¡Pues a clase! -le ordenaba entonces, propinándole una cariñosa palmadita en la espalda para incitarla a salir por la puerta.

Apoyada en el quicio, Abigail contemplaba durante unos segundos cómo su hermanita ascendía cargada con su mochila por la empinada calle sorteando los charcos para no mancharse los desgastados zapatos, aunque eso resultaba difícil en aquellos caminos que parecían lodazales. La pequeña avanzaba tarareando alegremente una canción, aferrando con la mano derecha la muñeca medio calva de la que nunca se separaba. Se la había regalado Abigail por su cumpleaños. Ésta la había avistado en el fondo de una alcantarilla y, aunque para rescatarla se había lastimado la mano y se la había embadurnado de fango e inmundicia, no le había importado: a su hermanita le iba a encantar una vez la hubiera lavado y vestido.

Cuando Juanita se había perdido por el laberinto de callejuelas que la conducirían hasta el colegio, Abigail entraba de nuevo en casa, si así podía llamarse a aquella maltrecha construcción que su padre había levantado con palés desechados, trozos de uralita y otros tesoros del vertedero. Desde su única ventana se divisaba una amplia panorámica de Altos de Cazuca y, cada mañana, mientras se vestía, la niña escudriñaba descorazonada aquellas chabolas que se desparramaban sin ton ni son por la falda de la montaña y se juraba que ella y Juanita escaparían de aquella cloaca costara lo que costara. Al menos, su hermanita lo haría.

Transcurrieron los años y Abigail logró colocarse como sirvienta en casa de una familia pudiente de Bogotá. Su corazón se rasgó como una endeble hoja de papel cuando hubo de separarse de Juanita, pues sus nuevos amos necesitaban una criada interna. Diluyó en parte su pena la alegría de saber que su humilde salario permitiría a su hermana seguir estudiando y pasar a Secundaria.

Juanita, agradecida por la oportunidad que su hermana le brindaba, estudió con más ahínco que nunca. Las excelentes notas que obtenía siempre resarcían a la hermana mayor de cualquier sacrificio o privación en favor de la pequeña hasta que esta se convirtiera en doctora. Mientras, ambas vivían esperando con ansia el domingo en que, cada dos semanas, Abigail libraba. Ese día compartían sus secretos, charlaban y se gastaban bromas. Las risas y la alegría flotaban a su alrededor como copos de nieve que las envolvían en aquellos encuentros dominicales.

Cuando se acercaba el momento en que Juanita debía comenzar sus estudios de Medicina, Abigail, convertida ya en mujer, se dio cuenta de que sus escasos ingresos no alcanzarían ni de lejos para cubrir las necesidades de su hermana. Aunque ésta obtuviera plaza en una universidad pública, había de sufragar igualmente la matrícula y los elevados gastos de material y transporte. Durante mucho tiempo no logró conciliar el sueño tratando de atisbar una solución a su problema, pero no la encontraba.

Un día, al regresar de clase, Juanita encontró a Abigail esperándola en casa. Nunca la había visto tan arreglada y maquillada, pero más la sorprendió que la visitara un día que no fuera domingo. Abigail, lejos de despejar sus interrogantes, le entregó un fajo de billetes y le hizo prometer que al día siguiente iría a matricularse en la universidad.

-¿De dónde has sacado esta plata, Abi? ¿No andarás de mulera, verdad? – quiso saber Juanita, con aquella terrible sospecha hundida en la mirada. Hacía mucho ya que su ingenuidad infantil se había extraviado entre el hambre y la miseria que rondaban las calles y rincones de Altos de Cazuca.

Abigail bajó la mirada y su turbación confirmó los peores miedos de Juanita.

-Podría compaginar mis estudios con algún trabajo. No haría falta que me dieras tanta plata –propuso.

-Tú no te pondrás a trabajar. Cumplirás tu sueño de ser doctora y saldrás de este agujero -respondió con voz tajante su hermana, dando por finalizada la conversación.

Durante los meses siguientes, Abigail continuó presentándose en casa por sorpresa. En cada ocasión, su hermana llegaba vestida con mayor sofisticación que la anterior, adornada con joyas más caras y perfumada con almizcles más exóticos. Pero cuanto más brillaban sus pendientes y cadenas, cuanto más intenso era el aroma de su perfume, menos resplandecía su mirada, más se apagaba su piel, más su sonrisa. Cada vez se mostraba más taciturna en sus visitas, más triste y reservada. Cuando Juanita trataba de pedirle explicaciones, se negaba con acritud a dárselas.

Al cabo de un tiempo, las visitas comenzaron a espaciarse y, cada vez que se reencontraban, las dos hermanas acababan discutiendo, pues Juanita insistía en ponerse a trabajar. Al final, Abigail dejó de aparecer, aunque el dinero siguió llegando religiosamente. Tampoco llamaba ni escribía. Ni siquiera su padre recibía noticias suyas. Juanita sabía que vivía en Bogotá gracias a viejos amigos de Cazuca atrapados desde tiempo atrás, como su hermana, en la telaraña pegajosa y putrefacta del narcotráfico, pero no disponía de ninguna otra información.

Varios años después, la joven cumplió su sueño de licenciarse en Medicina, comenzó a ejercer como interna en un hospital y, con el tiempo, pudo alquilar una habitación en un barrio humilde de Bogotá, que a ella le pareció el paraíso. A estas alturas, llevaba mucho tiempo sin saber nada de Abigail aunque no transcurría un solo día en que no pensara en ella.

Sobre todo la añoraba por las noches, cuando, tendida en la cama, recordaba cómo la vestía por las mañanas, cómo le cedía parte de su desayuno, cómo la protegía con el afán de una madre de sólo diez años. Muchas noches se dormía con los ojos anegados en lágrimas, pero cuando salía el sol y comenzaba un nuevo día, se iba a trabajar y la febril actividad del hospital la absorbía y transportaba a una emocionante vorágine de pacientes, consultas médicas y diagnósticos, donde su hermana no tenía cabida.

Transcurrió casi un nuevo año hasta que Juanita abrió aquella caja de cartón en la que había traído sus escasas pertenencias de la chabola. Arrinconada en un rincón desde la mudanza, la cubría una gruesa capa de polvo y desesperanza. La muchacha fue extrayendo los objetos de la caja poco a poco, pues cada uno de ellos despertaba en ella recuerdos y sentimientos que la convertían de nuevo en esa niña de cara redonda peinada con dos coletas. Cuando sostuvo entre sus manos la muñeca medio calva que Abigail había recuperado a duras penas de la alcantarilla, rompió a llorar con amargura. Su hermana mayor, dispuesta a cualquier sacrificio con tal de procurarle unos estudios, había conseguido rescatarla de la pobreza de Cazuca. Y ella la había abandonado.

Al día siguiente llamó al hospital avisando de que no acudiría a trabajar porque un grave asunto familiar la requería y marchó a Altos de Cazuca. Le costó menos de lo que esperaba averiguar el paradero de su hermana, sabía a quién preguntar. Poco más tarde, sentada en la buseta que la acercaría a la denigrada zona de Bogotá donde habitaba ahora Abigail, Juanita reflexionaba con la mirada perdida. ¿Qué le diría? ¿Cómo la convencería para que abandonara el mundo de la droga? ¿Lo conseguiría?

Las dudas continuaban atormentándola mientras cruzaba el angosto pasillo de la casa en la que su hermana vivía, el centro de operaciones de un conocido camello. Encontró a Abigail demacrada y muy desmejorada, tirada sobre un sofá mugriento. La acompañaba otro joven de aspecto tan desaliñado como el suyo y cubierto de cadenas de oro. En su regazo, este sostenía una pistola.

Abigail la miró anonadada. Nunca hubiera esperado ver a su hermana cruzar aquella puerta. Su rostro se tiñó de rubor y Juanita comprendió que se avergonzaba terriblemente de que su hermana pequeña la sorprendiera en ese estado.

-Abi, he venido a buscarte. Regresa conmigo, por favor –le suplicó.

Sus miradas se cruzaron desconcertadas. Tras unos segundos de aturdimiento, Abigail huyó a la habitación contigua sin musitar palabra. Juanita hizo amago de seguirla, pero el tipo sentado en el sofá empujó levemente la culata de su arma.

-Largo de aquí, ella no va a irse a ninguna parte –le advirtió con voz inerte.

Juanita supo que la amenaza era real, pero no pensaba marcharse en balde. Garabateó unas palabras en un papel y lo dejó, sobre la mesa, junto a la muñeca rescatada de la alcantarilla. Después, salió del edificio y esperó junto al portal.

Tras escuchar la puerta cerrarse, Abigail regresó a la sala con mohín disgustado, dispuesta a recostarse de nuevo sobre el sofá y a hundirse de nuevo en su desgracia. Entonces reparó en la muñeca que la esperaba con su cabello ralo y escaso sobre la mesa. Con expresión desencajada, se acercó y leyó la nota que había escrito Juanita: “Hermana, me rescataste a mí una vez, déjame que ahora yo te ayude a ti. Estaré esperándote fuera”.

En la calle, Juanita aguardó a Abigail durante mucho tiempo, pero igual que la luz del sol, su esperanza de recuperar a su hermana se volvía más tenue a cada instante. Forzada por la oscuridad incipiente y los horarios de vuelta de la última buseta, se vio obligada a emprender el camino de regreso.

Cuando solo había recorrido unos metros, una voz rota la llamó por su nombre. Se volvió. Desde el portal, sin atreverse a avanzar, Abigail la contemplaba vacilante, suplicante. Juanita corrió hacia ella y la estrechó entre sus brazos. Se sonrieron felices: por fin las dos habían logrado salir de la alcantarilla.